

CLUB DEL MISTERIO

BAYNARD KENDRICK



UNA PISTA EN
LAS TINIEBLAS

35

Duncan Maclain es un detective ciego. Hugo Breitmeyer, un multimillonario –magnate del acero y de la industria pesada–, peligroso asesino a quien nadie ha visto jamás. El FBI, la policía de Nueva York y Maclain lo buscan afanosamente. Su firma ha sido estampada en miles de contratos en todo el mundo. Sin embargo, nadie puede describirlo, porque quienes hubieran podido están muertos. Pero una personalidad está hecha de muchas otras cosas que no son los rasgos faciales, ni la estatura, ni la manera de caminar. Hay “señas particulares” en todos los elementos que componen a un hombre. Y un ciego, para vivir, debe saber hallar «Una pista en las tinieblas».

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

BELDEN CLARK *debió haber tomado otro avión, o el tren, o el micro, o irse a pie* (pág. 7)

LOUIS SHEHADI, *siendo "testaferro", se puede ganar o perder, pero siempre mucho* (pág. 7)

DUNCAN MACLAIN *quedó ciego en la guerra, ahora es detective. Y bueno* (pág. 11)

J. A. SMITH *tiene mucho seso. Lástima que, dentro de su profesión, hay otros que tienen mucho más* (pág. 12)

MONA CLARK *cobró un seguro que hubiera preferido no tener que cobrar. Ahora averigua cosas* (pág. 19)

DAN BARTLETT, *flameante esposo de Mona. Sólo quiere cuidarla* (pág. 19)

SPUD SAVAGE, *un tipo verdaderamente útil* (pág. 22)

RENA SAVAGE, *su esposa* (pág. 22)

SCHNUCKE, *una perra. Sí, leyó bien: una perra, sin ofender a nadie* (pág. 22)

JAKE PFIZER, *gerente de la fábrica de los Clark* (pág. 26)

SYBELLA MACLAIN, *esposa del ciego. Tiene paciencia y sabe mucho* (pág. 35)

DREIST, *un perro. Le digo que leyó bien* (pág. 36)

ARNOLD CAMERON; *no podía faltar el FBI* (pág. 43)

CAPPO MARSH, *una mole de músculos negros que saben manejar una pistola* (pág. 45)

Señorita RHONE, *una secretaria muy asustada* (pág. 60)

HENRY WATROUS, *robusto y fuerte (en todo sentido) industrial, magnate bajo sospecha* (pág. 60)

Inspector DAVIS, *de la Sección Homicidios. Donde hay un cadáver, está él* (pág. 76)

Sargento ARCHER, *de la misma sección, fuma unos cigarros que producen asma* (pág. 76)

Teniente SCHLESINGER *sabe mucho de electricidad* (pág. 78)

SOU CHAN *conoce la diferencia entre el chino y el coreano. ¿Y usted?* (pág. 84)

KEUN; *la policía de Nueva York dispone hasta de coreanos* (pág. 85)

KIM HYUNG, *cuando habla un coreano y hace falta un testigo, éste debe ser otro coreano* (pág. 113)

ARNIE MULHOLLAND. *No interesa: no tiene nada que ver* (pág. 119)

THEODORE WAYNE y MAX GRUBER, *dos magnates del acero que, junto con otros, concurren a una reunión "con trampa"* (pág. 126)

BENEDOTTI, *dueño de un tugurio. Si ése es su verdadero nombre, me como el sombrero* (pág. 183)

CHINOS, COREANOS, *etcétera. Son montones por todas partes.*

CAPÍTULO PRIMERO

La mano de Belden Clark temblaba cuando colgó el auricular del teléfono en su habitación del cuarto del Hotel Ambassador de Los Angeles.

Eran las siete y diez, en la hora compensada del Pacífico. En Nueva York era las diez y diez, pensó Belden Clark distraídamente. Era tarde para que ese zorrino, Louis Shehadi, estuviese en su oficina telefonándole órdenes a Belden Clark a través de todo el ancho de los Estados Unidos.

–Tiene reservado un pasaje en el avión 219B de Usona Airlines, Clark. Partirá hoy a medianoche del aeródromo de Los Angeles.

Simplemente “Clark”, con el tono del amo.

–¡Está chiflado si cree que podré alcanzar esta noche un avión para Nueva York!

–Usted estará más que chiflado si no lo hace –respondió Shehadi–. Hay una reunión en mi oficina. Mañana a las once de la mañana. Concurriré, ¿verdad?

–Estoy aquí por una cuestión de negocios, Shehadi. Tengo citas para mañana con dos fabricantes de la región. Después volaré a San Diego para visitar la Capstan Aeronautical. Tengo reservado el pasaje para regresar a Nueva York desde allí –la voz de Belden Clark tenía un tono colérico, pero diluido con una gota de temor. Lo enfurecía aún más saber que a tres mil millas de distancia Louis Shehadi había captado tanto la ira como el miedo.

–Su presencia en mi oficina no le hará ganar tanto dinero, Clark, pero quizás le ahorre mucho más. Mi coche

esperará al avión en La Guardia. Avión 219B. En mi oficina, a las once. ¿Entendido?

Belden Clark se encaminó hacia el espejo y se contempló en él, maldiciendo en voz baja. Estaba vestido para la cena. Corbata de moño castaño oscuro y un saco blanco que se ceñía elegantemente a sus anchos hombros.

¡Al diablo con el hombre distinguido! Había que ver esas arrugas que formaban paréntesis a los costados de su boca desde su larga nariz hasta el mentón hendido. Un irlandés combativo que estaba gris. ¿O amarillo?

Pensó en su hija, Mona. Cabellos renegridos y profundos ojos azules como los suyos. Tenía veintiséis años y todavía postergaba su boda con Dan Bartlett para poder atender el cómodo "duplex" de siete habitaciones que los Clark tenían en Park Avenue y cuidar a su padre tal como lo venía haciendo desde diez años atrás, desde que Mary Clark había muerto. Y lo cuidaba como una madre.

Estaba seguro de que si Mona hubiese estado en ese momento junto a él, ella le habría dicho: "¡Santo cielo, papá!... ¿Quién dirige la Compañía de Instrumentos de Precisión? ¿Desde cuándo subes y bajas de los aviones obedeciendo a un perro vagabundo, grasiento y flaco como Louis Shehadi?

¡Esa era una pregunta que merecía un premio mayor que el de 4.000 miserables dólares! El problema consistía en que Belden Clark no tenía la respuesta exacta. De lo único que estaba seguro era de que desde que había hecho su primer envío importante de matrices especiales por intermedio de Shehadi, las asentaderas de Belden Clark estaban en un cabestrillo.

Se encaminó hacia la ventana y miró en dirección a la terraza de abajo. Niebla ahumada. Los Angeles estaba impregnado de ella. Húmeda, desagradable. Durante un instante tuvo la agradable idea de que todo quedaría varado en tierra, y que él contaría con un buen pretexto para desatender el llamado a larga distancia de Shehadi.

El teléfono volvió a sonar mientras contemplaba el muro de niebla. Usona Airlines estaba en la línea, y destruyó todas sus esperanzas de suspensión de la sentencia al confirmarle la reserva hecha en su nombre.

Clark telefoneó a un matrimonio con el que tenía que cenar en el Town House y anuló la cita. Tomó una decisión que lo hizo sentirse más tranquilo. Su entrevista con Shehadi sería la última, aunque esto significase perder una cuenta de medio millón de dólares por año.

Se puso un traje gris claro, preparó dos grandes valijas para avión y las dejó en el cuarto. Abajo, en el vestíbulo, el conserje le comunicó que la limousine de Usona salía del hotel a las diez y media.

Bajó al subsuelo y husmeó en el bazar buscando un regalo para Mona. No había muchas cosas bonitas, exceptuando las acostumbradas chucherías excesivamente caras. Por fin se decidió por un par de pañuelos. Mona sabría valorar la intención más que el obsequio en sí. De todos modos ella tenía todo lo que una mujer podía desear.

Estaba esperando que le envolviesen los pañuelos cuando descubrió al hombre que miraba hacia adentro desde el corredor, a través del vidrio del escaparate adornado con frutas.

Clark sólo vió al hombre fugazmente antes de que éste se fuera, pero sus sentidos se encontraban aguzados al máximo. Hacía poco tiempo había visto en algún lugar a ese mismo individuo de facciones enjutas vestido con un traje de *mohair* azul.

Pagó los pañuelos, guardó el regalo envuelto en papel de seda en un bolsillo interior y se encaminó hacia la cafetería del extremo del corredor. Abrió las puertas verdes de plástico del bar y entró.

Tres muchachas elegantemente vestidas, que parecían costosas y que probablemente valían lo que costaban, se volvieron sobre sus taburetes cuando entró Clark y lo miraron sin demasiada ostentación. Cuando él escogió una

mesa sin una sonrisa, una de ellas se encogió de hombros, y las tres concentraron nuevamente su atención en los cócteles.

Clark pidió un Vodka Martini, y después de pensarlo mejor lo pidió doble. De todos modos su excursión estaba arruinada. Nada podía impedirle que se embriagara un poco si así lo deseaba.

Mientras sorbía la bebida, los acontecimientos que lo habían atado a la Compañía Shehadi de Importaciones y Exportaciones, Ltda. desfilaron constantemente por su cabeza. Hugo Breitmeyer había firmado personalmente el primer pedido de taladros radiales, anillos de corredera y llaves y matrices especiales, para que fuesen embarcados al Japón por intermedio de Shehadi.

Habían pasado más de dos años desde que Clark conociera a Breitmeyer en Tokio. Quizás había quedado demasiado impresionado por la fabulosa riqueza y la fama internacional de Hugo Breitmeyer. ¿O acaso, simplemente, tenía el apetito de los negocios? Cualquiera fuese el motivo, el astuto Belden Clark había sido engañado como un tonto... Las herramientas que él creía que la Compañía Clark fabricaba para Inglaterra, Francia, Alemania ocupada y Japón, aparecían en lugares más rojos que la capa de un torero.

Acicateado por el estímulo del doble Vodka, decidió dar el primer paso en una ruptura con Shehadi y su jefe, Hugo Breitmeyer, en ese mismo momento.

Clark tenía un amigo íntimo en Nueva York, el capitán Duncan Maclain... y esa amistad databa de la época en que Clark y Maclain habían prestado servicios juntos durante la Primera Guerra Mundial. A pesar de su ceguera total provocada por las heridas recibidas en Messines en 1917, el capitán Maclain se había forjado a través de los años una fama envidiable como investigador privado. Pocos minutos después se estaba comunicando con él desde la cabina situada en un rincón del bar.

—Habla Belden Clark, Dunc. Espero no haberte hecho levantar de la cama. Te estoy telefoneando desde Los Angeles.

—Interrumpiste una partida de canasta, y eso es todo. ¿Qué ocurre? Espero que no tengas ningún problema —dijo el capitán, con acento de preocupación.

—Esta noche volveré inesperadamente a Nueva York, Dunc. Interrumpí un viaje de negocios. ¿Podré conversar contigo mañana por la tarde, a alguna hora? Tengo que regresar nuevamente a la costa lo antes posible.

—Dime qué hora te conviene más, Belden. Te estaré esperando —Maclain titubeó un momento—. ¿Quieres decirme algo ahora?

—Podrías ver qué es lo que consigues averiguar entre ahora y mañana por la tarde acerca de un personaje llamado Hugo Breitmeyer. Estaré en tu oficina cerca de las dos. ¿De acuerdo?

—¡Breitmeyer! —Maclain lanzó un suave silbido—. Oí hablar mucho acerca de él, pero no sé nada concreto. Quizás Spud sepa más —el capitán se refería a Spud Savage, que había sido su socio durante años—. Averiguaremos todo lo posible.

—Te entiendo, Dunc. Te veré a las dos. Saluda a Sybella y dile que no te haga demasiadas trampas en la canasta. ¡Es lo que siempre hacen las esposas!

—Estafarle dinero a un ciego —comentó Maclain—. Pero el que juega con cartas marcadas soy yo, Belden. ¡Hasta pronto!

Al volver a su mesa Clark pidió un segundo Vodka Martini doble. Mientras lo esperaba sacó del bolsillo los pañuelos que había comprado para Mona, junto con un sobre para avión con la dirección ya escrita y que contenía una carta inconclusa para ella que había empezado a escribir el día anterior.

Sería inútil despacharla. Él llegaría personalmente a Nueva York mucho antes de que se la entregasen.

Un par de hombres se habían reunido con las muchachas del mostrador. Llegó el cóctel de Clark. Por encima de él observó la silenciosa técnica de la conquista preguntándose cómo funcionaban las reglas de ese juego.

Clark se sintió súbitamente muy solo. Toda su vida se había concentrado en Mona desde la muerte de Mary. Probablemente había cometido un error, pero le había parecido que quizás Mona se sentiría ofendida si él se casaba con otra mujer que reemplazara a su madre. ¿O acaso no era más que una ridícula idea suya? Quizás era sólo simple egoísmo de su parte. Estaba demorando la boda de Mona con Dan Bartlett. De esto estaba seguro.

Lo mejor para todos sería que conversase francamente con Mona apenas llegara a su casa.

Un hombre se sentó en la mesa vecina a la suya, haciendo que el cóctel de Clark se sacudiera; una parte del líquido se derramó sobre la superficie negra de material plástico de la mesa de Clark.

Belden Clark fijó la mirada en un par de ojos negros aterciopelados que pertenecían al hombre de cara enjuta y traje de *mohair* azul que Clark había visto mirando por el escaparate del bazar de obsequios.

—¿Por casualidad usted me está siguiendo, señor? —preguntó serenamente.

—¿O usted me está siguiendo a mí? —el hombre mostró sus dientes sanos y separados en una agradable sonrisa—. Usted es Belden Clark. De la Compañía Clark de Instrumentos de Precisión. Yo soy J. A. Smith, de Cojinetes a Bollilla Suffolk —extendió una mano fría y firme—. Yo estaba en la oficina de Aviones Eagle cuando usted concurrió a ella esta tarde. Me parece que ahora le debo otro cóctel.

—Era doble —dijo Clark—. Creo que tendrá que pagar dos.

CAPÍTULO II

Desde el lugar donde estaba sentado, o sea en la mesa vecina a la de Belden Clark, al individuo que por el momento usaba el nombre de J. A. Smith le pareció que su misión presente sería muy sencilla.

Y el toque final de darse a conocer por Clark, y de cuidar personalmente de que Clark subiese sano y salvo al avión 219B, no fué más que otra demostración del genio de J. A. Smith.

En una oportunidad, alguien había dicho que Smith era un megalómano. Smith se sintió ofendido hasta que averiguó y descubrió que la megalomanía era una pasión por hacer cosas grandes o grandiosas. ¡Bien, ése era él en persona! ¡En J. A. no había nada pequeño! Optó por pasar por alto, así como pasaba por alto todo lo que no le gustaba, que una "manía" era definida como una chifladura delirante.

Estaba completamente excluído de eso. Quizás estaba chiflado por las pollitas y el dinero, pero nunca deliraba por nada. Los delirios hacían que uno llamase la atención. Y si había algo que Smith no quería atraer sobre su persona, era la atención de la gente. Era un operario silencioso, cauteloso, detallista y muy concienzudo.

Le debía mucho a Hugo Breitmeyer. El jefe lo había salvado de que le cortasen la cabeza en China, hacía diez años. J. A. estaba dispuesto a reconocer que había fallado en su misión al despachar a ese funcionario chino de menor importancia y al salvarse por un pelo del hacha decapitadora.

Desde entonces, Breitmeyer le había enseñado muchas cosas. “¡Nunca mate a un hombre de modo tal que puedan acusarlo del crimen! Una embestida con un auto no está mal... si no usa su propio coche. Robe uno. Pero hay métodos aún más seguros que ése, J. A. Use la cabeza. Tómese el tiempo necesario y trate de encontrar la forma. Y recuerde esto... ¡basta que sospechen de usted para que ya no me sea útil! ¡Si lo atrapan, lo ayudaré a achicharrarse!”.

De modo que Belden Clark era el décimo de su lista, y J. A. ni siquiera existía... no había una foto suya en la galería de delincuentes, y el F. B. I. no tenía fichada ninguna de sus impresiones digitales.

Y no las habría después que Clark desapareciese. Lo único que tenía que cuidar era de que Clark y la bomba subiesen al mismo avión. Estaba un poco nervioso pensando que Clark podía haber cambiado sus planes. Estaba seguro de que Clark había hecho un llamado a larga distancia.

—Lo convido con otro —dijo Smith, dedicándole a su víctima su sonrisa cordial Número Uno. Una víctima que valía cincuenta mil dólares.

—Este me corresponde a mí —contestó Clark—. Será mejor que después coma un bocado. A las diez y media partiré para el aeródromo —consultó su reloj—. Ahora son las ocho y cuarenta.

—¿Acaso esta noche va a viajar rumbo al Este? —inquirió Smith, convencido de que había puesto en su pregunta la dosis adecuada de indiferencia.

—A medianoche. Por Usona. ¿Por qué? —la rápida mirada de Clark no reflejó desconfianza, sino la cantidad lógica de sorpresa.

—Casualmente yo viajaré en el mismo avión. El 219B.

¿Había sido demasiado brusco? ¿Demasiado claro? No. Clark reaccionaba maravillosamente.

–Me alegro de tener compañía. No puedo dormir en esos malditos aviones. Yo pertenezco a la época de los caballos de hierro –Clark le hizo una seña a la camarera y pidió el último cóctel.

–A mí también me agrada. Pero estaba pensando que iré al aeródromo en un Buick que tengo alquilado. Lo devolveré allí. ¿Por qué no viene conmigo?

–Se ha conseguido un cliente, señor Smith.

–Todos me llaman J. A.

Una rubia esbelta con una cámara con lámpara de magnesio había estado recorriendo el bar, tomando fotografías de las parejas que ocupaban las mesas. Se detuvo cerca de ellos, sonriéndole a Belden Clark. En ese momento Smith descubrió nítidamente que, si bien Clark no estaba precisamente borracho, tampoco dominaba todos sus sentidos.

–¡Adelante, preciosa, fotografíanos! –Clark irguió sus anchos hombros y lució una sonrisa fatua-. ¡Sonría, J. A.! Le llevaré esta foto a mi hija. Le mostraré que en los bares bebo con amigos y no ando en busca de zorras.

Por primera vez en su larga y estrictamente deshonesto carrera, J. A. Smith se sintió dominado por la frustración. La lámpara de magnesio despidió un fogonazo. Él no tuvo tiempo de ocultarse el rostro con una servilleta de papel. Ni de volcar la mesa, o de salir corriendo rumbo al baño.

Un momento después la muchacha sacó una fotografía de color sepia de la cámara con revelación automática y se la entregó a Belden Clark a cambio de un billete de cinco dólares.

Clark se la mostró orgullosamente a su nuevo amigo. Smith tuvo la impresión de que un trozo de hielo resbalaba por su columna vertebral. Se la imaginaba colgada en todas las oficinas de correos de los Estados Unidos en un hermoso día.

Más ideas descabelladas se atropellaron en su retorcido cerebro. ¿La muchacha tenía un negativo? No. No lo

creía. Él no podía llamarla para preguntárselo. Ella querría tomar otra fotografía. La muchacha conocía demasiado bien su cara. Él quedaría grabado indeleblemente en su cabeza vacía si la llamaba y rechazaba su ofrecimiento.

Belden Clark le quitó el capuchón a su estilográfica. Smith se encogió. ¡Esto era demasiado! Ahora ese imbécil borracho le pediría que autografiase la foto... y también que la tocase y dejase en ella sus impresiones digitales.

La camarera interrumpió sus pensamientos con el último cóctel. Smith le entregó un billete.

—Guárdese el vuelto —le dijo, y luego agregó dirigiéndose a Clark—: Pago yo. No acepto protestas. Acabo de recordar que tengo que hacer un llamado. Lo llamaré a su habitación cuando esté listo para partir. ¿Cual es el número?

—Cuatrocientos doce. Pero oiga. No me gusta...

—¡Olvídelo! —Smith bebió su cóctel con un trago—. Lo veré más tarde —al llegar a la puerta se volvió y regresó a la mesa; tanteó el asiento—. Supongo que después de todo no traje el sombrero.

Vió que Clark había escrito: "Yo y J. A. Smith, de Cojinetes a Bolilla Suffolk, Ambassador Bar, 10 de julio", sobre el dorso de la fotografía.

¡Diablos! No tendría importancia mientras Clark no se la enviase por correo a su preciosa hija. Si la llevaba en su bolsillo llegaría tanto como Belden Clark. Tenía que poner manos a la obra. Quizás podría hacer que Clark llevase la bomba al avión en su propio equipaje. Valía la pena intentarlo.

Esperó en el corredor del subsuelo hasta que vió que Clark salía del bar y entraba a la cafetería vecina. Convencido de que tenía media hora libre, subió los cuatro pisos por la escalera y entró a la habitación 412, que abrió con una llave maestra.

J. A. Smith se sintió desilusionado al encontrar las dos valijas de Belden Clark repletas y abiertas, una al pie de